

¿POR QUÉ DEBO PERDONAR?

Un día, hace muchísimo tiempo, Pedro le preguntó a Jesús: «Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete?» (Mateo 18:21). Lo que realmente está escrito entre líneas, o el pensamiento tras ellas, es: Señor, ¿por qué necesito perdonar? Me parece interesante que Pedro preguntara: «¿Cuántas veces debo perdonar a mi hermano?». A veces es más fácil perdonar una ofensa aislada, incluso si se trata de algo tan grave como un intento de asesinato, que perdonar esas irritaciones repetidas.

Cada uno de nosotros tiene una, dos, quizás tres fuentes de irritación constante en la vida. "Lija celestial", como yo la llamo, simplemente nos quita las asperezas. ¿Quién es tu lija celestial?

Pedro preguntó: "Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano?" No se me ocurrió hasta esta semana que existe la posibilidad de que Pedro podría estar siendo extremadamente literal aquí. Quizás se refería a su hermano físico. Leí hace apenas un par de semanas que el noventa por ciento del resentimiento surge en nuestras propias familias. La mayor parte del resentimiento que albergamos en nuestras vidas es hacia las personas más cercanas.

Ya conocen el viejo dicho: «Morar arriba con quienes amamos será una gloria, pero morar abajo con quienes conocemos, eso es otra historia». A veces son las personas más cercanas. Quizás fue Andrew, el hermano de Peter. No es descabellado pensar que Andrew dejaba la leche afuera, o apretaba la pasta de dientes por la mitad del tubo, o algo que irritaba constantemente a Peter. Pero ya fuera Andrew o un hermano figurativo, Peter estaba teniendo dificultades con todo el asunto del perdón.

Pedro quizás esperaba que Jesús dijera: «Pedro, qué magnánimo de tu parte. Estoy impresionado». La ley judía solo exigía perdonar a un hermano tres veces. Después de perdonarlo tres veces por la misma ofensa, podías decirle que se fuera. Así que... Pedro pudo haber pensado que la ley dice: «Debo perdonar a mi hermano tres veces, le doy el doble y le añado una más por si acaso». «Señor, ¿crees que estaría bien perdonar a un hermano siete veces?». Nuestro Señor respondió: «No, Pedro, ¿crees que 70 veces siete?», o que no hay límite para el número de veces que se debe perdonar.

Si se trata de llevar la cuenta, no es realmente perdón. ¿Alguna vez has llevado la cuenta con alguien? Después de que Jesús le dijera a Pedro: «No, no siete veces, sino setenta veces siete», Jesús cuenta una parábola, una historia, para explicar por qué debemos aprender a perdonar.

La historia comienza así. Jesús dijo: «Hay un hombre que está desesperadamente endeudado con un rey». La Biblia dice en Mateo 18:23-24 que le debe al rey diez mil talentos. Ahora bien, los talentos eran en realidad más una medida de peso que de dinero puro, así que dependía de qué metal precioso fuera. Pero la deuda aquí, según reconocen todos los eruditos, es de millones y millones de dólares. ¡Esa sí que es una deuda enorme! ¿Cómo se llega a una deuda tan grande? ¿Cómo puede un siervo pedir prestado tanto dinero? En aquellos días, cuando no se podía pagar, el principio de la bancarrota era simple: simplemente se llevaban a la esposa y a los hijos, los vendían como esclavos y te metían en prisión. Eso era la bancarrota.

"El sirviente se arrodilló ante él. 'Ten paciencia conmigo', le rogó, 'y te lo pagaré todo'." (Versículo 26). Hay que verle la gracia; es una de las declaraciones más hilarantes que he leído. Un sirviente debe 16 millones de dólares y dice:

"Dame unos días más". ¿Para qué?

¿Para conseguir un pasaporte y un billete de ida a otro país?

Hice un pequeño cálculo. Si pagara mil dólares al día con los intereses actuales, tardaría 40 años. El objetivo de esta historia, amigos, es mostrarnos tres razones por las que ustedes y yo debemos perdonar a los demás.

Necesitamos perdonarnos unos a otros porque Dios nos ha perdonado. «El señor del siervo se compadeció de él, le perdonó la deuda y lo dejó ir.» (Lo he subrayado en mi Biblia). ¿Conoces a alguien más que perdone una deuda de 16 millones de dólares? ¿Quién diría: «Bueno, simplemente la cancelemos y lo dejemos ir»? ¡Qué rey! Completamente perdonado. Pero la clave de la parábola es: eso no es nada comparado con el perdón que Dios nos ha dado, absolutamente nada.

Aquí está el paralelo. Tengo una deuda con Dios, y tú también. La Biblia incluso la llama deuda de pecado. Cuando transgredo contra Dios, se acumula una deuda con él que jamás podré pagar. La Biblia dice, en Romanos 3:23: «Todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios». La Escritura lo deja muy claro: no puedo pagar mi deuda, tú no puedes pagar la

tuya, pero Dios, en su amor, nos ha elegido, mediante el don de su Hijo Jesús como el sacrificio perfecto, para perdonarnos, para hacer borrón y cuenta nueva, para cancelar la deuda y decir: «Comencemos de nuevo». Ese es el evangelio, la Buena Nueva. Todo está ligado a la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. La buena nueva que Jesús tiene para nosotros cuando acudimos obedientemente a él confesando, arrepintiéndonos y bautizándonos en su nombre, pidiéndole perdón y haciendo borrón y cuenta nueva.

Dios espera que haga por los demás lo que él hizo por mí. De hecho, ese es el mensaje. ¿Cómo te sentirías si te acabaran de perdonar una deuda de 16 millones de dólares? ¿Sentirías alivio, alegría y libertad? Quizás esas palabras sean demasiado superficiales. ¿Qué tal emoción, éxtasis o gratitud eterna? ¿Cómo crees que tratarías a la gente si te acabaran de perdonar una deuda de 16 millones de dólares que te agobiaba? ¿No crees que serías tranquilo? ¿No crees que dirías: "Sí, estoy de muy buen humor. No te preocupes, te perdono".

Observa la reacción de este sirviente a partir del versículo 28: «Pero al salir, encontré a uno de sus conservos que le debía cien denarios, equivalentes a cien días de salario. Lo agarró y comenzó a estrangularlo. «¡Págame lo que me debes!», exigió. «Su conservo se arrodilló y le rogó: «Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré». Pero él se negó. En lugar de eso, fue y mandó que lo echaran en la cárcel». ¿Puedes creerlo? Le debía 16 millones de dólares a su jefe y fue perdonado. Ahora su conservo le debe cien denarios, una cantidad extremadamente pequeña comparada con la que le había perdonado su amo. Se niega a mostrar misericordia y, en cambio, lo mete en la cárcel.

Dices, ¿cómo puede reaccionar así? Ese sirviente que debía la deuda cancelada de 16 millones de dólares no se sentía realmente perdonado. Aún, por alguna razón, sentía como si una espada le estuviera cerrando la cabeza. Así que, tontamente, intentaba cobrar una cantidad tan pequeña para saldar esa supuesta deuda de 16 millones de dólares.

La verdadera tragedia es que muchos cristianos viven así hoy. Obedecen el evangelio, se entregan a Cristo y la deuda de pecado queda cancelada; pero aún viven pensando: «Señor, te lo compensaré. Sé que te debo mucho, así que voy a saldarla. Voy a pagar mi deuda de pecado sabiendo que ellos nunca podrán». Son exigentes, exigentes e implacables con quienes los rodean en

sus frustraciones. Tristemente, he visto demasiado de eso. Por eso es tan importante que todo cristiano comprenda la gracia. Cuando creas que estás perdonado, podrás perdonar a los demás, y no antes.

Observe la dureza del primer sirviente en la parábola. Agarró y comenzó a estrangular al segundo sirviente exigiéndole que pagara su deuda. Bajo la ley romana, eso era posible. Si alguien te debía dinero, podías estrangularlo hasta que pagara. Pero después de que este tipo lo estrangulara un rato y no le sacara nada, lo mandó a la cárcel.

Siempre que encuentras a alguien severo, crítico, hipercrítico, negativo, implacable y descortés, lleva consigo una culpa sin resolver. Una persona crítica y negativa, que siempre menosprecia a los demás y nunca ofrece perdón a nadie, lleva consigo una culpa sin resolver. Cuando sentimos que no hemos sido perdonados, tendemos a ser implacables.

A veces se ve eso en los padres. Se ve a un padre exigente, rígido y autoritario. Reaccionan a la culpa que sienten como padres. A veces se ve en los jefes. A veces se ve en los compañeros de trabajo. Pablo dijo en Efesios 4:32: «Sean bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándose mutuamente, como Dios también los perdonó a ustedes en Cristo». La clave del perdón es reconocer cuánto me perdona Dios hoy.

El resentimiento me hace miserable.

Es un infierno en la tierra. Te tortura. Vean conmigo la parábola del versículo 31: «Cuando los otros siervos vieron lo sucedido» (esto fue después de que el primero echara al segundo a la cárcel), «se angustiaron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor llamó al siervo y le dijo: «Siervo malvado, te perdoné toda esa deuda porque me rogaste. ¿No debías haber tenido compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?». Enfurecido, su señor lo entregó a los verdugos para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía.» Cuando el rey se dio cuenta de lo implacable que era su siervo, fue a verlo y le dijo: «Si tú vas a ser así, yo también lo seré». Entonces lo entregó al carcelero para que lo torturaran.

Alguien preguntó si esta parábola simboliza el infierno. Sí, lo es, pero también simboliza un infierno en la tierra. Porque cuando el resentimiento se apodera de ti, crece y te infecta, te tortura y te encierra en una prisión. Te destruye mucho más que a la persona que odias y no perdonas. La pregunta que debemos hacernos de vez en cuando es: ¿las acciones amargas e

imperdonables nos roban la felicidad? ¿Qué dolor te sigue doliendo? Si algún día encuentras uno, déjalo ir. Solo te atormenta. La otra persona a la que odias y no perdonas puede que ni siquiera lo sepa; puede que no sea consciente de ello. A nuestro alrededor hay millones de personas prisioneras de la culpa, esclavizadas por su propia ira y ansiedad, y atormentadas por el resentimiento, a veces año tras año. El perdón de Cristo es la única llave para abrir esa prisión. Por tu propio bien, perdona. Aprende a pedir perdón y aprende a ofrecer perdón. Mi lema es: Perdón, disfrútalo y utilízalo o vivirás una vida de miseria.

Necesitaré perdón en el futuro.

«Así hará mi Padre celestial con cada uno de ustedes, si no perdonan de corazón a su hermano.» (Mateo 18:35)

Un conocido de John Wesley le dijo una vez: «Nunca podría perdonar a cierta persona». Wesley respondió: «Espero que nunca peques». El punto de su advertencia: si vas a vivir el resto de tu vida en perfección, quizás no necesites perdonar a nadie más. Pero si vas a cometer otro pecado, más vale que te asegures de estar listo y dispuesto a perdonar, porque el perdón es una vía de doble sentido. No te atrevas a quemar el puente que tendrás que cruzar para llegar al cielo.

En lo que llamamos el Padrenuestro, en el Sermón del Monte, donde nuestro Señor nos enseña a orar, dijo: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores». ¿Entiendes lo que dice esa oración? Es orar: «Padre, perdóname tanto como yo estoy dispuesto a perdonar a los que me rodean». Ahora te pregunto: ¿de verdad quieres hacer esa oración? La Biblia dice que solo podemos recibir lo que estamos dispuestos a ofrecer a los demás.

En ese mismo Sermón del Monte, en la parte que llamamos las Bienaventuranzas, Jesús dijo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Lo que ofrecemos a alguien, podemos recibirlo, pero lo que no estamos dispuestos a ofrecerle, no podemos recibirlo. Dios dice: «Perdona, porque quiero poder perdonarte».

Mira el versículo 35 de nuevo: «Si no perdonas de corazón», no es una simple declaración, no un simple reconocimiento intelectual, sino desde el corazón, desde lo más profundo de tu espíritu. En pocas palabras, la parábola enseña que el perdón es una forma de vida. Es la única manera de vivir, y la razón es

que todos somos imperfectos. Vas a herir a otros, y otras personas te van a herir a ti porque somos imperfectos, así que tenemos que vivir en un estado constante de perdón. Tienes que disfrutarlo y luego aplicarlo como estilo de vida.

¿Por qué necesito perdonar?

1. Porque Dios me ha perdonado.
2. Para escapar del tormento del resentimiento que me va a encadenar si no perdono.
3. Porque no quiero quemar el puente que voy a tener que cruzar. Quiero perdonar para que Dios me perdone.

¿A quién necesitas perdonar?

1. ¿Culpas a alguien más en el mundo por tu infelicidad? ¿Culpas a tu cónyuge? Si tan solo mi esposo se arreglara, entonces me iría mucho mejor. Podría ir más a la iglesia si él viniera conmigo. ¿Culpas a tus padres? Si mis padres no me hubieran hecho esto cuando era pequeña, si eso no hubiera sido parte de eso, entonces mi vida sería mucho mejor hoy. ¿Culpas a un maestro? Si mi maestro simplemente lo hubiera hecho. ¿Culpas a un jefe? Si tan solo tuviera un jefe diferente. Si culpas a alguien por tu infelicidad, eso es una indicación de resentimiento. La culpa es una indicación de un error no perdonado, ya sea real o percibido, no hace ninguna diferencia, y eres tú quien no está perdonando. Necesitas dejarlo ir ahora mismo. Déjalo ir o te torturará y dañará tu vida futura.
2. ¿He estado llevando la cuenta? ¿Tengo una hoja de puntuación en mi mente con

¿Respetas a esta persona de tal manera que, cada vez que hace algo, piensas: «Me debe algo»? ¿Tu pareja cometió un error grave en el pasado? Él o ella lo lamenta, y la vida ha seguido, pero tú se lo echas en cara. Te has vuelto una persona desagradable porque, hagas lo que hagas, es parte de un pozo sin fondo de pago. No importa lo buena que sea una persona, piensas: «Me debe algo». Quiero decirte algo hoy con la mayor franqueza posible. Por muy malo que haya sido lo que haya hecho, tú eres quien está arruinando el matrimonio. Lo estás arruinando con tu falta de perdón. Nunca has perdonado, y tu pareja podría estar llegando al punto de preguntarse: «¿De qué sirve? Parece que nunca me pueden perdonar». El matrimonio es solo una de las áreas que pueden aplicarse. Quizás hayas sido desatendido de niño. Quizás hayas sufrido abuso de niño. Quizás no hayas sido amado como debías. No conozco a nadie que haya sido amado como debía serlo de niño. ¿Por qué? Porque no somos capaces de amar a la perfección. Somos seres imperfectos.

3. ¿Te encuentras actuando de cierta manera hacia alguien porque te recuerda a alguien con quien guardas resentimiento?

Sé que suena extraño, pero hay todo tipo de personas que, al mirar a alguien, dicen: "Me recuerda a alguien de mi infancia". Así que lo trata de forma totalmente diferente simplemente por un problema del pasado; nunca lo deja pasar. Si buscamos en nuestra alma, muchos tenemos mucho más perdón del que creemos. ¡Tenemos que hacerlo ahora! Preguntas de la lección de la Sublime Gracia n.º 1239:

1. ¿Dios es?

- a. ☐ Amar
- b. ☐ Justo
- c. ☐ Verdad
- d. ☐ Merced
- e. ☐ Paz
- f. ☐ Todo lo anterior
- g. ☐ a y c
- h. ☐ a, c y e
- i. ☐ a, b y c

2. ¿Cuántas veces debes perdonar?

- a. ☐ Uno
- b. ☐ Siete
- c. ☐ Cien
- d. ☐ Cada vez que alguien pregunta.

3. Cuando uno perdona, ¿lleva la cuenta de las ofensas? Sí ☐ No ☐ 4. ¿La

obediencia al Evangelio cancela nuestra
deuda con Dios? Verdadero _____ Falso

5. ¿Cuándo se cancela el pecado y la rebelión
del hombre?

a. _____ Nuestra muerte física

b. _____ Nuestra muerte al
pecado

c. _____ Nuestra confesión de
que Jesús es el Señor

d. _____ Cuando confiamos en
que Dios nos perdonará y nos obedecerá.

mi. _____ a, b y c

6. ¿La clave del perdón es reconocer cuánto
nos ha perdonado Dios? Verdadero _____
Falso

7. ¿Por qué necesito perdonar?

a. _____ Porque Dios me ha
perdonado

b. _____ Para escapar del
tormento del resentimiento

c. _____ No quiero quemar el
puente que tendré que cruzar

d. _____ Quiero que Dios me
perdone

e. _____ Todo lo anterior

f. _____ a y d